

Helarte

Por Jorge Luis Marzo

¿Qué es helarte? Un sentimiento cenestésico intenso de frío. Primero empieza con una sensación extraña en los pelos de la cabeza y especialmente en los de las fosas nasales y en los de los pabellones auditivos. Parece que se petrifican. Se vuelven duros y tiesos y se hace patente su presencia. Después pies y manos empiezan a moverse lentamente; no consiguen responder a los estímulos nerviosos. Comienza un dolor intenso. Hay mucha gente que sostiene que no hay ninguna diferencia entre, digamos quince grados bajo cero y cuarenta grados bajo cero. Pero la hay. Es una cuestión de velocidad. La rapidez en la sensación de helarte es fundamental para evitar el pánico y la ansiedad. El frío golpea como un mazazo en la cabeza de un cerdo el día de San Martín. No hay tiempo para pensar en el fin. Cuando lo helador se cuele poco a poco, la agonía desintegra cualquier esfuerzo en contra del miedo. El espanto te atenaza y como si de una constrictor se tratara se anuda irremisiblemente a tu cuello.

He visto espectáculos de frío más allá de la puerta de Orion. Cosas que no podrías creer. He observado rayos de frío incandescente salir de los ojos de aquellos que se enfrentaban al espectáculo. Ni el napalm por la mañana, que tan buen olor tiene, era capaz de calentarlos y sacarlos de su momificación congelante. En estado permanente de criogenia espectacular, los cuerpos nunca olían y el habla se hacía lenta y pastosa. Los agujeros de las bocas parecían estar rellenos con un molde espeso que ralentizaba toda expresión. Horas y horas los callados congelados se mantenían en la misma posición. Entretanto, mediante gigantescos mecánicos hidráulicos, los escenarios cambiaban con el parpadeo de un ojo, con el movimiento de una ceja. Suelo y techo se fundían en un bucle.

Helarte es una circunstancia que exige mucha atención. Porque, aunque parezca algo muy silencioso, siempre se escuchan unas voces constantes que se

adhieren al sujeto como unas amables sanguijuelas. Es cierto. Como una remora verbal, una idea se extiende entre los signos que les penetran los ojos: no juzgar lo que se vé. El viento polar producido por el bucle de los giros enfriaba si cabe más aún a los sujetos de los ojos bien abiertos. Los ojos se lubricaban gracias a la capa de hielo que se creaba sobre la córnea y la penetración era así más suave y profunda. “No juzgar lo que se vé”. Eso pulula en zig-zag cuando estás a punto de helarte. En la estepa fría, por todas las estancias de esta especie de iglú oyes su cantinela. Era inevitable no oirla. “Esta es otra realidad. No juzgues lo que se vé”. Más allá del Chino, en Mataró, había una discoteca que tenía una cosa llamada el “subidón”. Se bajaba de golpe la temperatura a bajo cero y después se abría la calefacción bien alta. En esa discotedral se orquestaba una sólida comunión escultórica. La descongelación rápida deshacía el hielo de los cuerpos, deslizando las gotas hacia nuevas regiones, a la que se fijaban mediante una súbita recongelación.

La idea de helarte lleva a pensar en términos absolutos. A más lentitud de las extremidades, más veloz corre el mundo afuera. En las tempestades árticas, el viento y la nieve azotan todo a una velocidad de vértigo. El aire desaparece y deja paso a lo borroso. Ni la mejor máquina podría mostrar el contorno de lo que corre. Pero el frío es mecánico como pocas cosas lo son. No tiene sudoración, no se rige por ciclos. Es blanco. Lo otro es simplemente el negro. En su totalidad. El frío es maniqueo, porque sólo el calor es un adversario a tener en cuenta. “No juzgues lo que ves de la misma manera que has juzgado tu vida”. Es el axioma de lo gélido. Helarte te conduce directamente a establecer lo que ves como algo ajeno. La inmovilidad corta los vínculos con lo que hay alrededor y fija la mirada en las cosas que corren, que responden a fulguraciones de energía en movimiento.

Pero los que tienen los ojos abiertos como platos se mantienen concentrados. He visto cosas que no creeríais. He visto a Serrat cantando “Sal a la ventana y mira porque todo lo han puesto para ti”. Y no hacía sol. Al contrario; los dientes

rechinaban con un tempo cada vez más lento, a medida que la costra de hielo iba cubriendo el globo ocular. Un frío sensacional. Cerca de los 45° bajo cero, la mandíbula duele secamente, con brutalidad. La fuerza producida de tanto apretar los dientes se congela abruptamente. Es entonces cuando se produce ese dolor agrí dulce. Una combinación extraña de sensaciones. El ritmo motor de los ojos se acelera y, prieta la quijada, el frío pasa definitivamente a monitorizarlo todo. En ese momento, se abren los canales 5 y 6 con imágenes de fuego y calor.

En 1997, Steven Hjugt reunió finalmente la cadena molecular del frío: 8875. En junio del 2000, helarte ya significaba una experiencia de gran calidad, con garantía absoluta de congelación y máxima calidad cenestésica. El frío llegó a costar menos de 3 euros la unidad, y las mejores salas llegaron a ser capaces de conseguir los 77° bajo cero en los meses de verano.